

PRESENTACIÓN

GRACIELA AZCÁRATE

¿Cuáles son los motivos que llevan a un grupo familiar a averiguar las raíces y los ancestros más remotos?

¿Qué urgencia espiritual hace desandar los caminos de la sangre, el recuerdo y la desmemoria?

Después de más de diez años de búsqueda intensa, de rastreo en España, Israel, Europa, Estados Unidos y República Dominicana, Dennis Simó se encontró con un magma al que había que darle forma.

Empezaba a cobrar sentido, a partir de 1862 en Santiago de los Caballeros. Pero los vacíos, las omisiones, las grandes lagunas de la historia, la neblina de las vidas privadas daban la oportunidad de inventarlo todo. Dejar correr la imaginación y en un juego audaz ponerle nombre a lo innombrado, inventar un rostro, unos ojos y una voz para Pau Simó y hasta imaginar una tarde soleada en un corredor de la casa de Santiago con un Ernesto Simó tocando la flauta.

Esta genealogía de la familia Simó, contada por uno de sus miembros, tiene ingredientes de historia, genealogía, sociología, geografía, y economía, entresacados de documentos de los archivos españoles, de las estadísticas y los archivos hemerográficos, eclesiásticos y del Estado Civil de nuestro país.

De la casualidad que no es tal, del encuentro de mundos y culturas distintas, del hallazgo de sentimientos olvidados, se enriquece la disgresión literaria, como si atar los cabos sueltos de una tribu permitiera conocer el lado oscuro o no revelado del Caribe.

En el libro *Los Pasos Perdidos*, Alejo Carpentier, disimulado bajo el disfraz de un musicólogo, se adentra en la selva amazónica para encontrar unos instrumentos musicales extraviados en la noche de los tiempos. Desanda el camino de la selva en busca de antiguos percutores, pero más parece un viaje hacia sí mismo. El personaje se adentra en la enmarañada selva del Orinoco y entre árboles gigantescos, lianas, monos, flores milenarias, remontando laberínticos caños que comunican ese mar de agua dulce, descubre el derrotero de sus sentimientos y la esencia más profunda de la desventura de vivir en la civilización. Intuye que es un tullido emocional, y en la búsqueda de güiros, maracas, bongoes y claves, en el eco de la percusión maravillosa, se descubre a sí mismo y conoce el verdadero amor.

Al regresar a la ciudad va dejando marcas en los árboles para poder volver. Pero la inundación barre con las señas dejadas en los árboles y no sabe o no puede encontrar el camino de regreso.

Metáfora de vida, uno se pregunta cómo volver al alma despojada de los niños, a la transparencia de los sentimientos, a las pródigas orillas del candor y la piedad.

También Dennis Simó inició la búsqueda de los pasos perdidos.

Alejo Carpentier, que reunía en sí mismo al hombre caribeño, al músico culto y al escritor de altura, le dio la clave para comprenderlos. *En ese músico que llevo dentro*, un artículo aparecido en Caracas en mayo de 1953, dijo: “Hay algo hamléutico en la creación. Algo del hombre que vive en la claridad de sus propias luces, rodeado de sombras. ¿Sabe de qué estará hecho el mañana? ¿Sabe si su obra contribuye realmente a forjar el futuro? ¿Sabe si sus luces, pese al éxito, pese a los elogios, pese a algún beneplácito oficial, dotan la obra de un relumbre verdadero?”...

Desde las redes para pescar en el mar de Sitges, donde Pau Simó hacía el Inventariats de sus bienes, que no eran sólo materiales, Dennis Simó ha ido recuperando sus pasos perdidos, buscando en los meandros de la música y las letras, en las alturas andinas, por itsmos de fuego. Por el camino de la música y la poesía, que era más bien el de las esencias más prístinas, ha llegado al centro de su ser, y cuando regresó al terruño recordó el camino de regreso, más allá de cataclismos, inundaciones y huracanes. Fue siempre leal a sí mismo y a sus orígenes; esa fue la seña del regreso. Como las marcas que el músico venezolano fue dejando en el Amazonas para poder reencontrar la verdad del amor.

Más allá de la diáspora, las persecuciones, la muerte, el olvido y el ostracismo, reencontrar los pasos perdidos ha sido para él epopeya personal y heroica, ha sido tejer el inventario moral y ético de una tribu.

Desde alturas bíblicas, recorriendo los laberintos de Oriente, Europa y del Caribe, en las cuerdas de una guitarra, en las musas de la poesía, o en los arpegios de un piano, reencontró el camino de regreso a las pródigas orillas

donde parpadean sin fin mil florecillas
y susurran de amor constantemente:
donde el oro del sol se precipita
y el fuego de sus llamas nos invita a mojar en el líquido la frente,
y las aguas claras, cantan eternamente
y le hablan de amor al alma mía.

El hijo de Lea ha sabido reencontrar el camino, volver al alma despojada de los niños, a la transparencia de los sentimientos y a las pródigas orillas del amor y la verdad.